

40 años 1976-2016

CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
MARIO BRICEÑO IRAGORRY



Universidad Pedagógica Experimental Libertador – Instituto Pedagógico de Caracas
Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño Iragorry

TIEMPO Y ESPACIO

65

Enero-Junio, 2016

VOL XXXIV

ISSN: 1315-9496

Depósito Legal: pp198402DC2832

Caracas-Venezuela



ENTRE EL CLAVEL Y LA ESPADA. POR UNA HISTORIA CULTURAL DE LAS RELACIONES CIVILES-MILITARES (DE EUROPA A CHILE, ARGENTINA, VENEZUELA)

Between carnation and sword.
For a cultural history of civil-military relations
(From Europe to Chile, Argentina, and Venezuela)

In Memoriam Domingo Irwin

Frédérique Langue

Investigadora CNRS, directora de investigación en el
Instituto de Historia del Tiempo Presente.
E-mail: frederique.langue@ihp.cnr.fr

Recibido: 04/07/2015

Aprobado: 09/11/2015

Resumen: Partiendo de unos trabajos recientes acerca de la dificultosa relación al pasado en sociedades del tiempo presente europeo o latinoamericano, devenidas en “sociedades de memoria”, este ensayo aborda el tema de las relaciones civiles-militares desde la perspectiva de la historia cultural. Insiste en especial en el concepto de “cultura de guerra” tal como se ejemplificó partiendo de los conflictos europeos y que, en el caso de Venezuela, tiende a acompañar el pretorianismo en el tiempo largo y hasta nuestros días.

Palabras clave: Venezuela, pretorianismo, historia cultural, memoria, guerra, relaciones civiles-militares.

Abstract: Based on some recent works about the difficult relationship to the past in present time European or Latin American societies, the so called “memory societies”, this paper addresses the issue of civil-military relations from the perspective of cultural history. It mostly insists on the concept of “culture of war” raised from european conflicts and shows it actually tends, in the case of Venezuela and in the long term till nowadays, to go along with pretorianism.

Keyword: Venezuela, pretorianism, cultural history, memory, warfare, civil-military relations.



La memoria depende en gran parte de lo mágico y sólo acepta las informaciones que le convienen. La historia, por el contrario, es una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis y un discurso críticos. La historia permanece; la memoria va demasiado rápido. La historia reúne; la memoria divide.
(Pierre Nora, en entrevista a *La Nación*, 2006¹)

En su gran mayoría, las denominaciones aplicadas a los acontecimientos históricos no le deben nada al azar, y mucho menos cuando surgen de los mismos acontecimientos y se vinculan además con un proceso específico e idealizado como es el caso de las revoluciones. La denominada “Revolución de los claveles”, que desembocó en la caída de la dictadura de Salazar en Portugal (1975), pone de relieve la huella que dejó en las memorias, no sólo de los historiadores de oficio sino también de la comunidad nacional aludida y más allá, un intenso proceso de transformación política y social que se transcurrió además en una Europa caracterizada para aquel entonces por el ocaso de regímenes autoritarios. El mismo año vio en efecto el final de otra dictadura, la del “caudillo” Francisco Franco, abriéndole paso al retorno de la democracia en España. Para romper con el pasado, la denominación no se conforma con enarbolar símbolos. Convoca el imaginario social, político y cultural, en la medida en que el acontecer histórico va mucho más allá de la temporalidad de los hechos que lo definen en primera instancia. Tal es el sentido que se les da a una historia a veces incómoda, o sea a los ecos de pasados traumáticos, de pasados que “no pasan”, de especial significado en el contexto latino-americano por sus implicaciones en términos de prácticas de la democracia, de *transiciones* democráticas y gobernanza².

En ese orden de ideas, resulta imprescindible subrayar que un acontecer histórico siempre recoge *sensibilidades* previas, tanto en lo individual como a nivel colectivo, y en varias escalas. Se (re)construye de acuerdo a un “horizonte de espera” que se origina en determinadas situaciones sociales y políticas. Se inserta asimismo en la larga duración y descansa en un conjunto complejo de temporalidades y *experiencias* políticas, sociales e intelectuales. Como lo demuestran las

¹ “No hay que confundir memoria con historia”, dijo Pierre Nora, entrevista por Luisa Corradini, *La Nación*, 15/6/2006 <http://www.lanacion.com.ar/788817-no-hay-que-confundir-memoria-con-historia-dijo-pierre-nora> Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1997, 3 vols.

² Emilio Crenzel, *La Historia Política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2014 (2ª reed.). Sobre el acontecer histórico, remitimos a la discusión publicada en la revista *Terrain*, y especialmente el artículo de Arlette Farge, « Penser et définir l'événement en histoire », *Terrain*, núm. 38, 2002 <http://terrain.revues.org/1929> Henry Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, (avec Éric Conan), Paris, Pluriel, 2013.



investigaciones realizadas últimamente acerca de ese “pasado que no pasa” tanto en el caso de la Península ibérica como de las dictaduras latinoamericanas, el *relato* histórico — la historia es en primer término construcción de un relato — adquiere especial importancia en lo que a construcción e interpretación del acontecimiento se refiere tanto desde el punto de vista del sentido que le confiere como de la memoria que de ello se deriva. A los regímenes de historicidad definidos de forma comprensiva por F. Hartog como la relación de las sociedades a su pasado, presente y porvenir, lo que nos lleva a la problemática del *presentismo* — se privilegia la memoria, colectiva en primera instancia, respecto a la historia, o sea las huellas del pasado en el presente — se superponen además y de forma reflexiva regímenes emocionales de singular interés a la hora de contraponer la labor del historiador de oficio a la historia de cuño propagandístico preciada de los regímenes populistas entre otros. Estos influyen a su vez en la elaboración de las historias nacionales, hasta cuando de las más insertas en contextos globalizados se trata³.

Estas consideraciones, tan válidas en el contexto europeo como en el escenario latinoamericano ponen de relieve la pregnancia de los *símbolos memoriales* — “lugares de memoria” incluidos — y guerreros en este lapso de tiempo que transcurre entre tiempos de dictaduras o regímenes autoritarios y el regreso a la democracia — o al revés en ciertos casos de inversión de este proceso — , tanto a escala continental (Europa, América Latina) como nacional⁴. Ahora bien, la flor en el fusil, o cualquier otra simbólica utilizada con fines de instrumentalización del pasado (*i.e.* la espada de Bolívar) incluso desde la perspectiva de las llamadas políticas públicas de memoria impulsadas desde el Estado, son temas fundamentales para evidenciar precisamente el papel del Estado en la conformación de una memoria si no de una historia oficial. Tampoco habría que hacer caso omiso, dentro de ese escenario, del monopolio de la fuerza que le corresponde — es el tema de los aparatos ideológicos o represivos estatales en una perspectiva althusseriana —, o sea el papel del Estado en

³ François Hartog, *Régimes d'historicité : présentisme et expériences du temps*, Paris, Seuil, 2003. Paul Ricœur, *La mémoire, l'histoire et l'oubli*, Paris, Le Seuil, 2000. Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia (dir.), *Historicités*, Paris, La Découverte, 2009. Luc Capdevila, Frédérique Langue, *Le passé des émotions*, Rennes, PUR, 2014. Frédérique Langue, « Escribir la historia del tiempo presente o el imperio de las emociones », *Páginas*, Universidad Nacional de Rosario/Conicet (Argentina), n°9, 2013, p. 9-18 <http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/RevPaginas/article/view/257/305>

Antônio Costa Pinto e Francisco Carlos Palomanes Martinho (orgs.), *O passado que não passa: A sombra das ditaduras na Europa do Sul e na América Latina*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2013.

⁴ Realizamos una primera aproximación a este tema en « De panteones cívicos e imaginarios políticos. Los usos del pasado en la Revolución bolivariana », in Ramos Pismataro, Francesca, Romero, Carlos A. Ramírez Arcos, Hugo Eduardo, Hugo Chávez: *una década en el Poder*, Bogotá, Universidad del Rosario/Centro de Estudios Políticos e Internacionales/Observatorio de Venezuela, 2010, p. 761-781.



cuanto detentor de formas de violencia (política)⁵. La simbología memorial no deja en efecto de evidenciar el papel del sector militar en determinados procesos relacionados con violencia política⁶. Ahora bien, y pese a los aportes procedentes de disciplinas diversas, de la historia a la sociología pasando por las ciencias políticas — muy presentes sobre temáticas contemporáneas aunque versan más bien en la naturaleza de los regímenes políticos aludidos—, la mayoría de los estudios dedicados al tema de las relaciones cívico-militares no ha contemplado mayormente esta presencia reiterativa de las representaciones afines tanto en las memorias nacionales (y de su expresión oficial: las conmemoraciones) como en los escenarios conflictivos que de ellas se derivan.

De ahí el interés que hay en interpretar y cuestionar la persistencia de determinadas imágenes y símbolos en un imaginario colectivo marcado de forma duradera por la impronta de la violencia del Estado o de colectivos vinculados con la lucha armada — especialmente en el contexto de los años sesenta — o de grupos violentos ideologizados para un período más reciente. Para tomar tan sólo un ejemplo de la necesidad de compaginar el estudio de un proceso político que busca instrumentalizar el pasado y una aproximación en términos de historia cultural, dicho de otra forma el análisis de las relaciones civiles-militares en términos de representaciones, remitiremos a la imagen siniestra de un Pinochet pensativo, con lentes negros y de brazos cruzados. Esta fotografía sacada aprovechando un momento de descuido del interesado permanecerá en las memorias de los nacionales y de los profesionales de la historia, de los políticos y de los ciudadanos, mucho más allá del continente. Otro tanto puede decirse de la caricatura política, vector silencioso de denuncia de instituciones e individuos adversos a las prácticas democráticas.

A nivel de los símbolos, algunas frases o expresiones también se quedan en las memorias, como es el caso del “por ahora” del teniente coronel Hugo Chávez luego del fracasado golpe de Estado de 1992. Tales son las pistas que quisiéramos explorar en este estudio, relacionándola con los trabajos realizados por Domingo Irwin sobre el caso venezolano cuyo excepcionalismo, evidenciado para el período anterior por M. Coppedge (una oasis democrática en medio de dictaduras continentales), no deja de plantear varios interrogantes tanto desde el punto de vista de la historia política y de la

⁵ Louis Althusser, «Ideología y aparatos ideológicos del Estado», en *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI, 1974, pp.102-151.

⁶ Frédérique Langué, «Usos del pasado y guerra de las memorias en la Venezuela de la “Segunda Independencia”, *Polis, Revista Latinoamericana (Chile)*, n°34, abril 2013. <http://polis.revues.org/8953> Luc Capdevila, Frédérique Langué, *Le passé des émotions*, Rennes, PUR, 2014, *passim*.



historia de las ideas, como de las representaciones sociales y de la historia cultural, y obviamente, de las relaciones civiles-militares⁷.

I.- Transiciones desde un pasado inconcluso

Para tomar otro ejemplo significativo de un tiempo presente marcado por una memoria visual asociada al sector militar y a configuraciones conflictivas, el “pasado que no pasa” aparece a todas luces en las caracterizaciones de la “transición” española (la llamada “transición democrática”) fue una “impostura”, como lo resumió hace poco el escritor Javier Cercas, conocido autor y promotor por lo tanto de una forma de testimonio histórico de sumo interés para el historiador del tiempo presente, cuestionando a finales de cuentas la naturaleza del régimen democrático y de la “salida” de dictadura. El escenario historiográfico resulta muy parecido en Portugal, donde los historiadores rescatan la memoria de ese pasado anteriormente oculto y tan poco conocido, adentrándose no sólo en ese “pasado que no pasa” sino también en las relaciones azarosas entre dictadura y revolución⁸.

Del Cono Sur de los “años de plomo” y ahora del “nunca más” a España, no son pocos los temas comunes dentro de una reflexión sobre el sentido democrático de una herencia sufrida. En la misma España o mejor dicho en las “dos Españas” (simbólicamente provista de un himno nacional sin palabras o con versiones republicana, o regionales), la opinión pública se escinde nuevamente alrededor del tema de los crímenes del franquismo, de la apertura de las fosas, de los desaparecidos, cada día más numerosos. La reescritura de la historia mediante el muy sesgado *Diccionario de la Real Academia* centrado en la rehabilitación de *héroes y caídos* (sic) provocó la ira de buena parte del gremio de los historiadores, en un contexto de resurgir de la historia que la Ley de Memoria Histórica (2007) había acompañado en parte, hasta que fuese derogada por el gobierno de Mariano Rajoy en 2013-2014. Recordemos que esta ley, que incluía el reconocimiento de todas las víctimas de la Guerra Civil (1936-1939) y de la posterior dictadura del general Francisco Franco (1939-1975) constituyó

⁷ John J. Johnson, *Latin America in caricature*, Austin, University of Texas Press, 1993. Manuel Gárate, « Los caricaturistas de Charlie Hebdo, el Golpe de 1973 y el caso Pinochet », en *Puroperiodismo*, 8 enero 2015, <http://www.puroperiodismo.cl/?p=25461> Frédérique Langue, « La República frágil, Charlie y los dictadores », *Carnet de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, 6/5/2015 <http://ihtp.hypotheses.org/448>
Entrevista a Javier Cercas en *El País*, 23/3/2015 http://cultura.elpais.com/cultura/2015/03/23/babelia/1427129545_937671.html Entre los títulos dedicados a Portugal, destacan las obras de Manuel Loff, Luciana Soutelo, Filipe Piedade (coord.), *Ditaduras e Revolução. Democracia e políticas da memória*, Coimbra, Edições Almedina, 2014; António Costa Pinto, Francisco Carlos Palomanes Martinho (coords.), *O passado que não passa. A sombra das ditaduras na Europa do Sul e na América Latina*, Rio de Janeiro, Civilização brasileira, 2013.



el hito de un proceso memorial y patrimonial *nacional* que llevó a no pocos intérpretes de esa memoria y de ese pasado inconcluso a hablar de “saturación” de memoria. Este proceso no contemplaba sin embargo la apertura de fosas comunes, realizadas por asociaciones de foro privado o comunidades autónomas, y de especial trascendencia a lo largo de estos últimos años, por el protagonismo civil que implica así como por el tipo de relato a que dio lugar, especialmente bajo forma cinematográfica⁹.

El regreso de las divisiones y hasta de la polarización de las opiniones públicas dentro como fuera de las fronteras nacionales lleva a la necesidad reflexionar en el tiempo largo, y con distintos materiales y fuentes. El caso argentino también resulta ejemplar en lo que a percepción binaria de los actores sociales y políticos se refiere, dicho de otra forma respecto a la definición del “enemigo”, de la imposición de una guerra interna y de una espiral de violencia (en la coyuntura del “tardoperonismo”), junto a una deterioración del Estado de derecho. En semejante configuración de creciente radicalización política

“los enemigos internos, nuevos y preexistentes, y los relatos conspirativos recreados a partir de grupos y conflictos reales (...) se proyectaron sobre la enorme crisis interna del peronismo, la lucha facciosa dentro del Estado, la crisis político social planteada por el bloqueo del proyecto político nacional de esa fuerza y la crisis de dominación” (M. Franco).

En un contexto de radicalización tanto a la izquierda como a la derecha, se confortaron los extremos dentro o fuera del sistema político aunque coincidiendo a veces con la “cosmovisión militar”, y se registró un aumento de la violencia coyuntural que se insertó en “procesos y representaciones de mediano y largo plazo”, adquiriendo la representación del “enemigo” un poder que superaba la propia realidad, se sustenta en el mito y funciona al mismo tiempo como parte del mito¹⁰. El caso de la Argentina peronista pone de relieve la relevancia de una aproximación en términos de historia cultural y más aún de historia de las representaciones en el sentido lato de la palabra. No cabe la menor duda que la historia visual cobra aquí una singular importancia, en la medida en que las imágenes tienden a vehicular en el espacio público no sólo lemas, creencias, propaganda, resistencia, sino también un imaginario político de cuño nacionalista. También son

⁹ Rafal Escudero Alday (coord.), *Diccionario de memoria*, Madrid, Catarata, 2011. Para acceder al sitio del Ministerio de Justicia y a la normativa vigente <http://leymemoria.mjusticia.gob.es/cs/Satellite/LeyMemoria/es/inicio>

¹⁰ Edgardo Manero, *Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la argentina plebeya (1945 1989)*, Buenos Aires, UNSAM, 2014. Marina Franco, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y « subversión », 1973-1976*, Buenos Aires, FCE, 2012, pp. 323-324.



portadoras de unas emociones que influyen sobremanera en la cultura de masas a la par que se nutren de ella¹¹.

Pese a la cronología diferencial de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX respecto al resto del continente, (una oasis democrática en medio de regímenes autoritarios, el “excepcionalismo” ejemplificado por M. Coppedge), estas líneas no dejan de tener validez en la Venezuela chavista: el tema del enemigo interior, y exterior, del complot, de los imperios y de la nueva y deseada independencia, la guerra asimétrica, pero de igual manera de los héroes redentores o el “Bolívar del siglo XXI” etc... participan de una cultura de guerra que polariza, excluye y diferencia. La nueva historia oficial de la Revolución bolivariana tiene todos los aspectos de una guerra contra un pasado que no pasa (la “Cuarta”, el “Antiguo Régimen” en los discursos de Hugo Chávez). Forjada paulatinamente desde cenáculos político-militares, en las conspiraciones propias del pretorianismo criollo (D. Irwin), sería la matriz del conflicto incluso y no al revés, una consecuencia del mismo (Venezuela actual), junto a una instrumentalización de las emociones siguiendo un esquema similar al de otras “revoluciones” de ayer o de hoy (odio, resentimiento etc.)¹².

Recordemos tan sólo a Carlo Ginsburg acerca del concepto de “cultura”: “Al igual que el idioma, le ofrece al individuo un horizonte de oportunidades latentes — una jaula flexible e invisible donde ejercer su propia libertad condicional”¹³. En el caso criollo, esta aproximación en términos de historia cultural la justifica sobremanera la coyuntura de acérrima “guerra de las memorias” y de una historia oficial “insurgente” impulsada desde el Centro Nacional de Historia, junto a la tentación pretoriana tal como Domingo Irwin la puso de relieve en sus análisis. De ahí la conexión que privilegiamos entre el tema relaciones civiles-militares y la historia cultural del tiempo presente criollo¹⁴.

¹¹ Moira Cristiá, « La haine politique dans l'Argentine du début des années 1970 : iconoclasme et et négation de l'autre », en Luc Capdevila, Frédérique Langue (coords.), *Le passé des émotions. D'une histoire à vif Amérique latine et Espagne*, Rennes, PUR, 2014, pp. 53-68. Edgardo Manero, *Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya (1945-1989)*, Buenos Aires, UNSAM EDITA, 2014.

¹² Frédérique Langue, « Ressentiment et messianisme du temps présent vénézuélien », Luc Capdevila, Frédérique Langue (coords.), *Le Passé des émotions. D'une histoire à vif en Espagne et Amérique latine*, Rennes, PUR, 2014, pp. 121-142.

¹³ Carlo Ginsburg, *Le fromage et les vers. L'univers d'un meunier du XVIe siècle*, Paris, Aubier, 1980, p. 16.

¹⁴ Sobre la « tentación pretoriana » y en la misma línea de estudios, véase : Hernán Castillo, « Las Fuerzas Armadas y la tentación pretoriana », Conferencia Gil Fortoul, Academia Nacional de la Historia, 30/10/2014.



II.- ¿Una cultura de guerra?

Muy a menudo “aseptizado” por las versiones oficiales plasmadas en manuales de historia enmarcados en una conservadora historia patria ansiosa por ocultar episodios de violencia inédita de las historias nacionales, el concepto de “cultura de guerra” sólo recientemente ha emergido en la academia. En un caso europeo silenciado por la chapa de plomo que rodea en varios aspectos los dos conflictos mundiales (aparte de la cuestión del acceso a ciertas fuentes, especialmente militares), los millones de muertos de la Primera Guerra Mundial debidamente conmemorados por las naciones europeas (especialmente Francia) habían ocultado los sufrimientos, los paroxismos alcanzados por la violencia de guerra, así como la intensidad de los compromisos guerreros trabados en esa oportunidad. A esta historia consensuada, supuestamente pacifista aunque sesgada se le aunó una memoria por naturaleza selectiva, la buena conciencia moralista y belicista de unas élites políticas, económicas e intelectuales llevadas por sus intereses, no tan alejada de lo “políticamente” correcto que obstaculiza la labor del historiador de oficio. Hasta hace poco (de una década para acá), el rechazo individual o colectivo ante la violencia no había sido tomado en cuenta. Ni se mencionaban el amotinamiento de 1917 o las deserciones.

En estas condiciones, ¿cómo explicar este consentimiento a la violencia, por lo menos la falta de resistencia, tal como se expresó en esa larga oportunidad? La “cultura de guerra”, como “corpus de representaciones cristalizadas en un verdadero sistema que le confiere a la guerra su sentido profundo” aborda la guerra como un acto cultural, que no es gratuito sino que se alimenta de representaciones de cualquier índole, negativas como positivas. Implica una mirada no maniquea sobre historias y culturas específicas de las naciones sin caer en una lógica explicativa determinista o de denuncia a posteriori. El ejemplo europeo muestra además cómo se vino edificando una verdadera teleología de la guerra, elaborada por intelectuales que calificaríamos de orgánicos, propagandistas patentados y apologetas de los gobiernos de turno: ahí radica la fábrica del enemigo, el odio del otro e incluso el racismo, hasta alcanzar niveles paroxísticos que apuntan no sólo a fomentar patriotismos defensivos y gobiernos autoritarios sino también a propiciar interpretaciones milenaristas y mesiánicas. En este sentido, traspasa los propios acontecimientos violentos y la misma muerte de los contrincantes, el duelo y la memoria de los hechos para insertarse en un proyecto o cruzada a largo plazo. De tal forma que se puede hablar de la dimensión escatológica del conflicto y del discurso que



lo acompaña, fundado tanto en creencias, en ideologías como en vivencias y prácticas, y que participa de la elaboración de una memoria victimizadora y heroica a la vez¹⁵.

De una forma similar, la “paz violenta” ejemplificada por David Mares dentro del análisis de conflictos militarizados a nivel continental pero que no carece de interés resaltar en un marco regional (América Latina como microcosmo de estas negociaciones militarizadas asentadas en el manejo de la fuerza), se traspasa a los usos políticos de la historia¹⁶. En este sentido, la obra de Domingo Irwin enmarca el estudio de las relaciones civiles y militares en un contexto amplio y de larga duración que no hace caso omiso de los condicionantes políticos, ideológicos o estratégicos propia de sucesivos gobiernos, más o menos propensos a incluir el “control civil” — tal como lo definió Brian Loveman, como interacciones dinámicas entre instituciones militares, entes gubernamentales y políticas, y ciudadanía, contemplando estructuras culturales, institucionales e históricas — entre sus prioridades, y pone de relieve el papel del pretorianismo incluso en el contexto de una unión cívico-militar y de una profesionalización de las fuerzas armadas. No carece de interés reconsiderar los parámetros del control civil a lo largo del siglo XX y principios del XXI —el “dilema de la diversidad” de acuerdo con Brian Loveman— así como la influencia en el tiempo largo de las costumbres, de las actitudes, de los valores, junto a normas institucionales o profesionales y cultura política — en la fábrica de las relaciones cívico-militares, y no sólo en América Latina¹⁷.

La pregnancia del pasado resulta fundamental para entender la naturaleza y las expresiones del pretorianismo y posibilitar por lo tanto esta aproximación en términos de historia cultural. Está vinculado en primer término a la indefinición fundamental que rodea el papel de los militares, pese a las cartas constitucionales o a las leyes orgánicas que estructuraron la institución. La prevalencia de la idea de “Patria Grande” en los idearios e imaginarios políticos desde la guerra de Independencia así

¹⁵ Stéphane Audoin-Rouzeau, Annette Becker, *14-18, retrouver la guerre*, París, Gallimard/Folio, 2003. Stéphane Audoin-Rouzeau, Annette Becker, « Violence et consentement : la “culture de guerre” du premier conflit mondial », dans Jean-Pierre Rioux et Jean-François Sirinelli (dir.), *Pour une histoire culturelle*, Paris, Éditions du Seuil, 1997, pp. 251-271. Luc Capdevila et Danièle Voldman, *Nos morts : les sociétés occidentales face aux tués de la guerre, xixe-xxe siècles*, Paris, Éditions Payot, 2002.

¹⁶ David Mares, *Violent Peace. Militarized Interstate Bargaining in Latin America*, Columbia University Press, 2001.

¹⁷ Domingo Irwin, “Reseña de una línea de investigación en el Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño Iragorry”, *Tiempo y Espacio*, n°61, 2014, pp. 47-61 http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_issuetoc&pid=1315-949620140001&lng=es&nrm=is Domingo Irwin, Ingrid Micett, « De caudillos a pretorianos. Una Periodización de la realidad militar venezolana, siglos XIX y XX », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, n°11-2011 <http://nuevomundo.revues.org/60783> Brian Loveman, “Historical Foundations of Civil-Military Relations in Spanish-America”, in David Pion-Berlin, *Civil-Military Relations in Latin America. New analytical Perspectives*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001, pp. 246-74.



como la referencia constante a los “padres de la Patria” conformaron asimismo unos de los fundamentos ideológicos del pretorianismo especialmente bajo los gobiernos de Juan Vicente Gómez (1908-1935) —en una coyuntura de creación del ejército nacional— y del general Eleazar López Contreras, considerado el “fundador del poder civil en el siglo XX venezolano”, antes de que el estamento militar se consolidara mediante su profesionalización durante la “dictablanda” de Pérez Jiménez. Con el ocaso del caudillismo se fue elaborando incluso una “peculiar y hasta paradójica simbiosis militar-civil y político-militar” fundada en el control del Ejército nacional. El Trienio “civilista” de 1945-1948 no sería en este aspecto sino “una especie de espejismo histórico”, producto del desconocimiento y de las ilusiones de los analistas¹⁸.

El hito de 1958 — con el pacto de Punto Fijo, instrumento del retorno a la democracia — introduce una ruptura al respecto, al fortalecerse el prestigio del liderazgo civil en una sociedad ocasionalmente proclive al antimilitarismo, mientras el ejército y los cuerpos de seguridad se enfrentan con la amenaza de la lucha armada bajo la influencia de la Revolución cubana —en un contexto de Guerra Fría —, amén de la cuestión fronteriza en la región andina. El consenso es aquí palabra mayor, en ausencia de mecanismos específicos destinados a fundar realmente el control civil: con la presencia de los militares en política se comprueba la persistencia del elemento pretoriano — un “pretorianismo histórico”, una “preeminencia militar”, una influencia “subterránea” en las palabras de Domingo Irwin— en la vida política nacional y de la espada de Damocles de los derechos políticos y nivel socio-económico/de vida que se le garantiza al sector militar, amén de la siempre sensible cuestión fronteriza que en el poder de veto castrense se junta con frecuencia con el tema de la seguridad nacional. Recordemos que, siguiendo los criterios establecidos por Amos Perlmutter, y para medir mejor los niveles de influencia castrense, los oficiales militares modernos pueden ser clasificados en tres grandes tipos ideales, siguiendo el criterio analítico propuesto por Amos Perlmutter (*The Military and Politics in Modern Times*): los profesionales (militares profesionales de acuerdo con los planteamientos de Samuel P. Huntington), los revolucionarios profesionales (surgen

¹⁸ *Idem.* Domingo Irwin, Frédérique Langué, "Militares y democracia ¿El dilema de la Venezuela de principios del siglo XXI?", *Revista de Indias*, n°231, 2004, p. 549-559 <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/426/494> Domingo Irwin, Hernán Castillo *et al.*, *Militares y sociedad en Venezuela*, Caracas, UCAB-UPEL, 2003. R. L. Gilmore, *Caudillism and Militarism in Venezuela, 1810-1910*, Athens, Ohio University Press, 1964. Simón Alberto Consalvi, *El carrusel de las discordias*. Caracas, Comala.com, 2003, p. 49. Domingo Irwin G., *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*, Caracas, El Centauro, 2000. Domingo Irwin G., Luis Alberto Buttó y Frédérique Langué, *Control Civil y Pretorianismo en Venezuela*, Caracas, UCAB, 2006. Tomás Straka, « Guiados por Bolívar. López Contreras, bolivarianismo y pretorianismo en Venezuela », en *La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, 2009, pp. 173-202.



en contexto de conflicto armado para luego « institucionalizarse » militarmente) y los pretorianos, como oficiales militares

políticamente motivados o militares que integran gobiernos de origen castrense en América Latina durante las décadas de 1960-1980¹⁹.

Sendos elementos influyen el incierto equilibrio político como lo ponen de relieve —aunque con motivaciones ideológicas distintas — los intentos golpistas del año 1992. La fragilidad del control civil o mejor dicho de sus mecanismos — un “espejismo” según D. Irwin — no impide sin embargo que el sector militar respalde un sistema democrático, como lo pusieron de relieve varios estudiosos del tema, desde G. Bigler (aunque no tomó en cuenta la intervención castrense en política y el papel del pretorianismo como árbitro, dicho de otra forma su protagonismo político) al propio Domingo Irwin y Hernán Castillo para el período 1958-1998, y como se comprobó a todas luces en la década de los sesenta, con el manejo del tema de la lucha armada y de la “subversión”²⁰.

Las debilidades del control civil se manifestaron desde la década de 1970 durante la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez, en las logias militares clandestinas —R-83, *Revolución 83*, y ARMA (*Alianza Revolucionaria de Militares Activos*), y sobre todo el Ejército Revolucionario Bolivariano (1983) que se convierte en el Movimiento Bolivariano 200 después de la revuelta popular de febrero de 1989. En estos años, a las logias conspiradoras que se autodefinen como “la reserva moral del país y la vanguardia política » se les aúna un nivel de influencia política sin embargo poco visible habida cuenta del protagonismo de los dos partidos dominantes, AD y COPEI. La existencia de « generaciones conspiradoras » integradas por la joven oficialidad rebasa el mero simbolismo y tiene que ver sin embargo con las modalidades de profesionalización mediante formaciones superiores en los años sesenta: así la muy relativa subordinación del sector castrense al poder civil se expresaba en un militar activo como ministro de la defensa; en el monopolio castrense sobre los temas de seguridad y defensa; en la ausencia de especialistas civiles y políticos, con responsabilidades institucionales efectivas sobre estas áreas. De acuerdo con las propuestas de S.E. Finer, una *baja o mediana cultura*

¹⁹ Domingo Irwin, Hernán Castillo, « El general en jefe venezolano Raúl Isaías Baduel: testimonio y crítica del tiempo presente criollo », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, n°8-2008, <http://nuevomundo.revues.org/39943>

²⁰ Domingo Irwin, Frédérique Langué, "Militares y democracia ¿El dilema de la Venezuela de principios del siglo XXI?", *Revista de Indias*, n°231, 2004, *ídem.* G. E. Bigler, «The Armed Forces and Patterns of Civil-Military Relations», in John Martz y David J. Myers (ed.), *Venezuela: The Democratic Experience*, Nueva York, Prager, 1977. Domingo Irwin, Ingrid Micett, *Caudillos, militares y poder. Una historia del pretorianismo en Venezuela*, Caracas, UPEL-UCAB, 2008 ; Hernán Castillo, *Militares y control civil en Venezuela*, Mérida, Universidad de los Andes-USB, 2013. Hernán Castillo, Conferencia Gil Fortoul <https://www.youtube.com/watch?v=A9L8otQPib8&feature=youtu.be> Academia Nacional de la Historia, 30/10/2014.



política que se repercute en el funcionamiento de las instituciones es precisamente lo que explicaría la fragilidad o el fracaso del control civil de una democracia representativa pese al reacomodo de la secular simbiosis de poder²¹.

La reforma de los estudios militares desempeña un papel fundamental en la conformación de una “cultura de guerra” modernizada y mitificada a la vez (en el marco del “culto a Bolívar”, la defensa territorial y de la soberanía nacional, integración latinoamericana) y de la concientización de no pocos oficiales, puesta a prueba durante el Caracazo de 1989 y luego con motivo del intento de golpe de Estado protagonizado por H. Chávez en febrero de 1992, en una configuración de “incertidumbre” en lo que a relaciones civiles-militares se refiere. Francine Jácome señala en este aspecto que alrededor del 10% de las fuerzas armadas, que contaban en ese momento con 40.000 efectivos, participó en el 4-F y que los participantes no superaban el grado de teniente-coronel, tampoco se vieron involucrados miembros de la marina o de la fuerza aérea. Hay que recordar que desde el Plan educativo Andrés Bello (1973), los subtenientes pasan a ser licenciados con especialidad, con posibilidad de seguir en un postgrado, confortando el pretorianismo latente en sus aspiraciones desarrollistas y más aún si recordamos el papel de las anteriores generaciones de oficiales, que contaron incluso con una formación en el exterior antes de derrocar al Presidente Rómulo Gallegos (caso de Marcos Pérez Jiménez). Los “comacates” y las logias militares encuentran en esta coyuntura su razón de ser y punto de partida. Las diferencias dentro de las fuerzas armadas y el descontento hacia las élites políticas de turno desembocaron sin embargo en el 27-F, liderado esta vez por altos oficiales procedentes de la fuerza aérea (Movimiento 5 de Julio), lo que evidenció el deterioro persistente de las relaciones civiles-militares²².

Al destacar, en la línea de los estudios de Alfred Stepan, este “nuevo profesionalismo militar de seguridad interna y expansión castrense”, Domingo Irwin no dejó de subrayar la similitud de la coyuntura abierta en 1992 y especialmente a partir de 1999, con el Perú de Velasco Alvarado, más que con el Brasil de 1964. En adelante, un grupo de oficiales — con puestos castrenses clave — se involucran en efecto en un proyecto político con aliados civiles, al considerarse a sí mismos como “agentes modernizadores”. Interpretan la acción de los gobiernos democráticos como un fracaso,

²¹ Domingo Irwin, Ingrid Micett, « Logias Militares Venezolanas y Conspiración, 1972-febrero de 1992 », *Argos*, 2011, vol.28, n.54, pp. 61-86 http://www.scielo.org/ve/scielo.php?pid=S0254-16372011000100003&script=sci_abstract S. E. Finer, *The Man on Horseback: The Role of the Military in Politics*. Londres, Penguins Books, 1976 (1962). Alberto Garrido, *La historia secreta de la Revolución Bolivariana*, Mérida, Editorial Venezolana, C. A., 2000. H. Castillo, *idem*.

²² Domingo Irwin, “El pretorianismo venezolano del siglo XXI”, en Domingo Irwin, Hernán Castillo, Frédérique Langue (coords.), *Pretorianismo venezolano del siglo XXI. Ensayo sobre las relaciones civiles y militares venezolanas*, Caracas, UCAB, 2007, pp. 5-34. F. Jácome, « Las relaciones civico-militares... », *op. cit.*



junto a altos niveles de corrupción de la dirigencia civil y del sistema de partidos, especialmente a la hora de luchar contra la pobreza y alcanzar niveles altos de desarrollo. A la “cultura de guerra” tal como la fomentaron las academias militares en defensa de la “historia patria” y con una perspectiva necesariamente nacionalista, se le aúne en el caso criollo otro elemento decisivo para entender la coyuntura de fines del siglo XX y principios del XXI: un proyecto de cambio en lo político, en la medida en que el descalabro de la democracia representativa afectó también la institución castrense, y generó no pocas inquietudes respecto a sus misiones de seguridad y defensa cuando no a su propio estatuto socio-económico. De ahí el propósito de estos militares “entendiéndose a sí mismos como los auténticos y superiores portaestandartes de la nacionalidad » (D. Irwin), de influenciar a la dirigencia política, una situación analizada por B. Loveman para otros escenarios latinoamericanos, y que pone de relieve la escasa efectividad del control civil sobre el sector castrense así como la amenaza a la institucionalidad democrática civil y civilista. En este orden de ideas, también habría que recordar una de las mayores aunque aparentes paradojas de la democracia criolla del siglo XX: fue por medio de alianzas si no de golpes civiles-militares (1945, 1948, 1958) como los partidos “democráticos”, especialmente AD, llegaron al poder en el siglo XX²³

III.- ¿Pretorianismo redivivo en un continente democratizado?

Una evidencia se le impone por lo tanto al historiador de oficio: el papel protagónico, que, más allá de la Guerra Fría y de la influencia de la doctrina de Seguridad Nacional, desempeña el estamento militar en la cultura política del continente. Ciertos parámetros demuestran en efecto el apoyo que las clases medias le otorgaron a los golpes militares que vieron como una solución a los conflictos y tensiones del momento aunque después le restaran su apoyo. El fenómeno está presente en casi todos los casos de los golpes de Estados estudiados para América Latina, en virtud de la dialéctica civil-militar, eje importante de la problemática militar en América Latina. Otro dato esclarecedor es la ambivalencia, por no decir los conflictos mantenidos por los gobiernos fácticos con los poderes exteriores que los apoyaron. De igual manera se puede mencionar las dinámicas internas, en términos

²³ Francine Jácome, «Las relaciones civico-militares en Venezuela (1992-1997)», Rut Diamint (Ed.), *Control Civil y Fuerza Armada en las Democracias Latinoamericanas*, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, Nuevo Amanecer, 1999, pp. 401-432. Alfred Stepan, *Authoritarian Brazil: Origins, Policies and Future*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1973. Brian Loveman, *For La Patria. Politics and the Armed Forces in Latin America*, Wilmington, E.R. Books, 1999. Luis Alberto Buttó, « Pretorianismo y nuevo profesionalismo militar », en Domingo Irwin G, Luis Aberto Buttó, y Frédérique Langue, *Control civil y pretorianismo en Venezuela*, Caracas, UCAB, 2006, pp. 97-137.



de tensiones, conflictos y corrientes doctrinarias divergentes en el seno de las propias fuerzas militares, que a excepción del caso chileno en el que el elemento aglutinador del liderazgo de Pinochet impidió las fisuras y le imprimió coherencia a su régimen, las debilitaron e impidieron la aplicación de las reformas que los gobiernos militares o que contaron con el respaldo del sector militar se habían propuesto²⁴.

Más allá de la malograda y a veces violenta convivencia en el poder o por el poder con la dirigencia civil, de la persistente inmunidad de los militares en lo institucional, la ausencia o fragilidad del control civil en la Venezuela democratizada a raíz del pacto de Punto Fijo y consagrada como tal en la Constitución de 1961 se deriva de otra característica propia del modo de gobernar criollo: el personalismo político, que se superpone a un régimen presidencialista muy fuerte y que el “padre de la democracia”, Rómulo Betancourt, designó precisamente como enemigo de cualquier liderazgo democrático (“personalismo caudillista”, “personalismo militar”, “gobernante fuerte”, como expresiones también de una cultura política arraigada en el pasado)²⁵.

Pese a la existencia de una “simbiosis” civiles-militares y del aparente consenso que caracterizaría el período 1958-1998 — el “régimen populista de conciliación nacional” o el llamado “pacto de las élites”, roto precisamente a partir de las intentonas de 1992—, el orden político asentado en el bipartidismo apareció por lo tanto escasamente consolidado. Tanto las asonadas militares de los años sesenta o los alzamientos e intervenciones en política no se eximieron de enfrentamientos violentos opuestos a los valores de la democracia. Dicho de otra forma, el profesionalismo no resulta ser una variable sostenible a la hora de contrarrestar las deficiencias del control civil y ponerle coto a la tendencia pretoriana. La autonomía del sector militar se convierte en una realidad favorecida por un bajo nivel de cultura política a la par que se aprovecha de la fragilidad e incluso de la crisis del proceso de institucionalización. Con la Constitución Bolivariana de 1999, las fuerzas armadas se salieron de su papel “tradicional” de defensa de la nación para tomar partido, en el sentido estricto de la palabra,

²⁴ Elizabeth Burgos a propósito de « Stéphane Boisard *et alt.* (coord.), « L'Amérique latine des régimes militaires », *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, número 105 (spécial), Paris, Presses de science Po, janvier-mars 2010, 300 p. », *Nuevo Mundo Mundos*, n°11- 2011, <http://nuevomundo.revues.org/61983>

²⁵ Manuel Hernández González, « Ensayo historiográfico sobre Rómulo Betancourt (1908-1981) », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, n°5-2005: <http://nuevomundo.revues.org/63862> Juan Carlos Rey, *Personalismo o liderazgo democrático. El caso de Rómulo Betancourt*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2008. Elías Pino Iturrieta, *Nada sino un hombre. Los orígenes del personalismo en Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, 2007. Frédérique Langue, “Rómulo Betancourt. Liderazgo democrático versus personalismo en tiempos de celebraciones”, *Araucaria Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Universidad de Sevilla, Año 11, N° 21, 2009, pp. 226-238

http://www.academia.edu/676780/_Rómulo_Betancourt._Liderazgo_democrático_versus_personalismo_en_tiempos_de_celebraciones_



en una polarización que favoreció el resurgimiento del pretorianismo ante la ausencia de un verdadero liderazgo civil.

Este carácter “públicamente protagónico”, de acuerdo con D. Irwin, le corresponde a partir de 1999, al personal activo o en condición de retiro, que se encuentra ocupando cargos públicos en “números sin precedentes”. Asimismo se deriva de los programas militares de acción cívica, como el “Plan Bolívar-2000”, destinados a sentar las bases de la “alianza revolucionaria cívico-castrense” según los discursos presidenciales. No hay verdaderamente ruptura respecto al proyecto político ideado en los años 1980 desde las logias militares y que llegó al poder en 1999. El pretorianismo “reciente” tiende a controlar “todos los aspectos básicos de la vida nacional, bajo el argumento de salir de la corrupta dirigencia y activismo de los partidos tradicionales”. Muy dividido como se evidencia con los “sucesos de abril” (2002), el sector militar actúa como árbitro y preserva la constitucionalidad evitando enfrentamientos violentos, sin por eso ponerles término a las tensiones internas o externas (movilización de la sociedad civil, “paros cívicos, huelgas). D. Irwin subraya sin embargo el escaso interés de la sociedad civil por temas de seguridad y defensa, que refleja y refuerza a la vez el monopolio ejercido por el sector castrense criollo sobre estos temas y facilita el predominio militar en hacía esferas civiles o civilistas, en ausencia de programas de educación específicos y de redefinición de las áreas de competencia²⁶.

De acuerdo con el documento publicado con el título “El pensamiento militar venezolano/2005”, bajo la supervisión de una comisión castrense y recogiendo las antiguas tendencias radicales de izquierda entre la oficialidad venezolana, se presenta a Venezuela como el “epicentro en el hemisferio occidental, entre el darwinismo social y las ideas humanistas”, en una crisis que la Revolución podría solventar a pesar de las disidencias internas, incluso “a largo plazo”, después del fracaso provisional de 1992. El sector castrense fue ampliando por lo tanto su área de influencia más allá de los aspectos doctrinales y de defensa hacia temas de seguridad y desarrollo, selección de liderazgo incluida. Los nuevos manuales “revolucionarios” para las FAN (2004), la creación de la reserva (parte del Concepto Estratégico Militar de la FAN) y de milicias bajo el mando presidencial participan de esta afirmación pretoriana de cuño autoritario. D. Irwin subraya sin embargo una constante del fenómeno pretoriano moderno, tanto en el orden político como social y cultural: más allá de unas reiteradas tensiones internas, su carácter transitorio, en el sentido de una

²⁶ D. Irwin, I. Micett, *Caudillos, militares y poder*, op. cit., pp. 259 y ss.



influencia política abusiva más breve que prolongada, vinculada a la persona de un dirigente o de un grupo militar y/o civil.

La desaparición de un líder carismático, “heredero” del Libertador y “Bolívar del siglo XXI”, no siempre contrarresta estas tendencias pretorianas de reacomodo o protagonismo abierto y proselitismo político — de las FAN a las FANB, teniendo en cuenta que numerosos protagonistas de los golpes fallidos de finales del siglo XX se incorporaron de distintas maneras a la vida civil —. No dejan de favorecer sin embargo, entre las tendencias presentes en las antiguas logias conspiradoras, la orientación marxista, de que encontramos huellas hasta en la LOFAN de 2005. Ahora bien, estas mismas tendencias que convergen en la simbiosis seguridad-defensa-desarrollo y la “corresponsabilidad militar-civil” en la defensa de la nación, se nutren de ciertos rasgos de la democracia civil (personalismo, autoritarismo, clientelismo), lo que plantea sin embargo la cuestión del porvenir y del resurgir de un modelo de influencia política abusiva de parte del sector militar, fundado no necesariamente en un país “cuartel” sino en la “virtud armada” (según la fórmula de un militar civilista, José Antonio Sucre) y el llamado al “pueblo” ante el enemigo externo o interno (referencia al ciudadano-soldado) en una de esas democracias electorales y consiguientemente frágiles. Y más cuando *los militares son ciudadanos pero no civiles*, de acuerdo con los planteamientos de José Antonio Olmeda. Por esta misma razón, el maestro Domingo Irwin señaló que prefería la expresión de civiles y militares a la de cívico-militares. De hecho, subrayó que “la pretendida unión cívico-militar de los últimos años parece más militar-civil que lo contrario”, y de “supeditación de la civilidad ante lo militar”, siendo uno de los mayores riesgos durante los mandatos de H. Chávez no tanto situaciones de violencia intensa sino una reformulación del tradicional personalismo político criollo²⁷.

El concepto de “cultura de guerra”, si bien se puede aplicar a la coyuntura de fines del siglo XX-principios del XXI, no es sin embargo una respuesta tajante a las incertidumbres del tiempo presente. Problematisa situaciones y procesos, aparte de que no es un concepto acabado y definitivo, ni mucho menos exclusivo de otra aproximación. En este orden de ideas, contempla también los usos propios de una « guerra fría cultural » y el papel de los intelectuales, orgánicos o no, pensadores patentados

²⁷ *Idem.* Domingo Irwin, « Relaciones civiles y militares en Venezuela (1998-2008) », en Francesca Ramos Pismataro, Carlos A. Romero, Hugo Eduardo Ramírez Arcos (eds.), *Hugo Chávez: una década en el poder*, Bogotá, CEPI-Observatorio de Venezuela-Universidad del Rosario, 2010, pp. 743-760. Tomás Straka, *La República fragmentada. Claves para entender a Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, 2015, pp. 95 y ss. José Antonio Olmeda (coord.), *Democracias frágiles. Las relaciones civiles-militares en el mundo iberoamericano*, Valencia (España), Ed. Tirant lo Blanch, 2005.



por el régimen de turno , o también el papel de la disidencia y de sus distintas expresiones²⁸. Si bien la guerra y de cierta forma cualquier conflicto tiene que estudiarse como un “hecho social global” y posiblemente como un “sistema” que pueda explicitar las relaciones entre el individuo, la sociedad y el mundo material, social y organizacional, remite *in fine* a la cuestión de la autonomía del campo cultural en situaciones de conflicto, al papel de las representaciones sociales y de los imaginarios en la fragua de identidades pretéritas, en la división del mundo en buenos y malos, héroes y villanos, aliados y enemigos, guerra y paz, o sea la guerra interior. El concepto ha logrado captar la atención de los académicos anglosajones, de una forma muy diferenciada por cierto en Europa, y hasta ahora muy poco en América Latina salvo contadas excepciones que hemos mencionado a grandes rasgos en este estudio²⁹.

Volviendo al ámbito simbólico y regresando a la pregunta de las imágenes que formulamos al principio de este ensayo, la espada de Bolívar, fetiche republicano, arquetipo de lucha y símbolo del culto que se le rinde al Libertador desde el sector castrense, el librito azul de la Carta Magna bolivariana, pasando por los atuendos militares, el “por ahora” de 1992, y la exhumación de los restos de Bolívar en el Panteón ¿qué imágenes se recordarán del paso de Hugo Chávez por la Presidencia de la República y quedarán plasmadas en *las* memorias nacionales y más allá de las fronteras nacionales³⁰? Desde un tiempo presente de conflictos, conspiraciones e imprecaciones, ahí está quizás el reto para los historiadores de oficio así como la necesidad de ofrecer una visión crítica y plural de un pasado y de un presente enfrascados en interpretaciones ideologizadas y supuestamente libertadoras, encerrados en último término en memorias necesariamente partidarias, propiciadas anteriormente por un presidente carismático “taumaturgo del pueblo” (E. Pino)³¹.

La historia oficial, visión binaria fundada en el maniqueísmo vencedores/vencidos y la denuncia del imperialismo/colonialismo vinculado oportunamente con la gesta fundadora de la

²⁸ Acerca de Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Madrid, Debate, 2001 <http://www.elcultural.com/revista/letras/La-CIA-y-la-guerra-fria-cultural/1703> Y en esta perspectiva: Olga Glondys, *La guerra fría cultural y el exilio republicano*, Madrid, CSIC, 2012.

²⁹ Un estudio fundador lo fue en este aspecto el libro de Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989.

³⁰ Alejandro Gómez, « La reliquia más preciada de la Revolución », en Domingo Irwin G., Frédérique Langué (coords.), *Militares y poder. Ensayos históricos vinculados con las relaciones civiles y militares venezolanas*, Caracas, UCAB-UPEL, 2005, pp. 179-205.

³¹ Elías Pino Iturrieta, *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Ed. de la Catarata, 2003. Frédérique Langué, « La Independencia de Venezuela. Una historia mitificada y un paradigma heroico », *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), 2009, vol. 66-2, p. 245-276.

<http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/issue/view/22>



Revolución de Independencia, constituye en este aspecto un elemento legitimador de la “cultura de guerra”. La confusión historia/memoria, explícitamente introducida por la historia oficial de turno, corre parejas con la “guerra de las memorias” promovida desde un Centro *nacional* de historia, en una justificación en lo social de la acción política e ideológica oficialista y más cuando se mediatiza como es el caso en este siglo XXI: las « sociedades de victimas » terminan siendo instrumentalizadas y más cuando su palabra es sagrada...³². El otro resorte de esta “guerra de las memorias” que enaltece aquí a los sectores subalternos de la sociedad de ayer y de hoy tiene que ver, de acuerdo con el estudio de Michaelle Ascensio, con el pensamiento mágico-religioso, un sincrético y persistente “imaginario religioso” del venezolano³³.

Ahora bien, mesianismo, milenarismo y escatología no son elementos exclusivos de la configuración criolla en tiempos de H. Chávez, de la mitificación de la historia y de la “religión republicana” del bolivarianismo. Junto a las esperanzas vehiculadas por los grandes conflictos — en términos de “horizontes de esperanza”, *i.e.* guerras mundiales en el contexto occidental— y con una marcada tendencia al patriotismo, están presentes en las culturas de guerra que se forjan en estos precisos momentos. Valores y vocabulario, símbolos y “lugares de memoria”, militantismo patriótico y espiritual participan en efecto en la edificación de una cultura de guerra, en una tensión colectiva de tipo escatológico que volvemos a encontrar como parte de la « guerra de las memorias » piedra de toque de la historia oficial que se vino fraguando desde los inicios del movimiento bolivariano. Los “régimenes emocionales” que acompañan en este sentido la modificación del “régimen de historicidad”, son parte de este proceso que convoca constantemente las emociones negativas (odio, resentimiento), fomentando un odio al enemigo (el otro, contrincante, opositor) y un resentimiento social generalizado que no admite término medio y sigue siendo, sin embargo, uno de los resortes de las revoluciones, de ambos lados del Atlántico y mucho más allá³⁴.

No podemos sino cerrar esta aproximación a la historia de las relaciones civiles militares en su vertiente cultural con un episodio expresivo de la « cultura de la guerra » a que nos referimos anteriormente. La actualidad del verano 2015 y el conflicto desatado por el cierre de la frontera con

³² Guillaume Erner, *La société des victimes*, París, La Découverte, 2006.

³³ Michaelle Ascensio, *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos*, Caracas, Editorial Alfa, 2012.

³⁴ S. Audoin-Rouzeau, « La « culture de guerre », en J.P. Rioux, J.F. Sirinelli (dir.), *Pour une histoire culturelle*, *op. cit.* p. 267. Frédérique Langué, « Ressentiment et messianisme du temps présent vénézuélien », *op. cit.* Frédérique Langué, « Escribir la historia del tiempo presente o el imperio de las emociones », *Páginas*, (Argentina), n°9, 2013, pp. 9-18 <http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/RevPaginas/article/view/257/305> y : « Desafíos y retos de la historia del tiempo presente », en *Poderes, Desafíos e Identidades en las Américas* (coords. Gabriela dalla Corte, Ricardo Piqueras, Meritxell Tous Mata), Barcelona, Universidad de Barcelona- Fundació Casa América Catalunya, en prensa.



Colombia dio paso a una referencia que había quedado algo solapada, la de « guerra de cuarta generación ». Esta es precisamente uno de los elementos definitorios de las estrategias político-militares ideadas por la « Revolución » radicalizada y una de las piedras de toque de la edificación de las fuerzas armadas durante la presidencia de Hugo Chávez (mediante ideólogos como Norberto Ceresole, Jorge Verstryngne e incluso William Izarra) que tuvimos la oportunidad de abordar en otros estudios junto al tema de la « guerra asimétrica »³⁵.

Desde la radicalización del « proceso », especialmente a partir del año 2004, esta visión del conflicto aboga por el papel creciente de la violencia y la aniquilación del “enemigo”, se apoya en varios « planes estratégicos » con una argumentación predominantemente ideológica aunque basada ocasionalmente en temas de seguridad nacional y (menos ahora por el relativo aislamiento del país) continental. La situación paroxística que se observa nuevamente en la frontera no es en este aspecto sino uno de los episodios de una comprobada degradación de la democracia tal como lo pusieron de relieve politólogos especialistas del área y sobre todo de una guerra de largo alcance, apoyada en el consabido discurso antiimperialista aunque sin el carisma que sustentaba las acciones y los dichos del « Comandante ». El actual desenlace aparece por lo tanto como la expresión paroxística de una *construcción* no sólo política, ideológica sino cultural que encuentra en la “tentación pretoriana” uno de sus sustentos y valores más fundamentales así como un posible respuesta bajo forma de arbitraje y que amerita, como lo hizo brillantemente Domingo Irwin, ser analizado en el tiempo largo y en sus manifestaciones más recientes.

³⁵ Frédérique Langue, “Petróleo y revolución en las Américas. Las estrategias bolivarianas de Hugo Chávez “, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n°29, 2006, pp. 127-152. <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/24886/2/articulo5.pdf>

